LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 10 DE ENERO DE 1887 — NUM. 263

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*El viaje de boda*, por don Luis Mariano de Larra.—*Historia de un hombre contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.—*Un pintor de Oriente* (Basilio Vereschagin).

GRABADOS.—*Al aire libre*, cuadro de Echena.—*Estudio*, de Hugo Kauffmann.—*La canción tesala*, cuadro de Agustín Salinas.—*Retrato*, por Enrique Augusto Janet.—*Coronación del cadáver de Santa Isabel*, cuadro de Hermann Kaulbach.—*Ataque inesperado.*—*Defensa de la ciudadela.*—*Acción de gracias.*—*Abandonado.*—*Contemplando los trofeos.*—*Apoteosis de la guerra.*

NUESTROS GRABADOS

AL AIRE LIBRE, cuadro de Echena

Pintar así es la pasión del día, pasión que posee también á las pintoras. Echena, de quien en más de una ocasión nos hemos ocupado, habrá sorprendido la escena que constituye su lindísimo cuadro en las umbrías de la Villa Borghese, ó en las poéticas alturas de la Doria Panfila. En cualquiera de aquellos amenos prados habrá visto lindísimas jóvenes que procuran sorprender los encantos de la naturaleza, y cautivado por el sencillo cuadro, ha hecho uno que llama la atención por todos conceptos.

ESTUDIO, de Hugo Kauffmann

Buen tipo; buena cabeza, llena de expresión; una frente, unos ojos, un cutis que contienen toda una biografía. De niño salió á la mar: el sol del trópico y la nieve del norte curtieron su piel é hicieron del imberbe un lobo marino. Quizás el aguardiente de caña ha contribuído algo á la temprana decadencia de nuestro hombre; sus ojuelos parecen hechos á propósito para estimar la transparencia del wiskey á través del cristal que lo contiene. Ya no navega, pero conserva el uso de uniforme y su opinión es consultada por los novicios, que le contemplan con merecido respeto. De mañana le encontraréis donde se construye una embarcación ó se aguarda la llegada de un buque; de tarde trinca en el café del puerto, donde califica de detestables todas las consumaciones alcohólicas, cuya sofisticación denuncia á fuer de inteligente, y llegada la noche horripila á sus nietos con la descripción de los temporales que ha corrido y de los que tal vez pudo correr.

LA CANCIÓN TESALA, cuadro de Agustín Salinas

Inspirándose en las bellas escenas que dejó trazadas Bulwer Lytton en su célebre novela: *Los últimos días de Pompeya*, un joven artista, Agustín Salinas, ha hecho un cuadro que publicamos con muchísimo gusto. Nidia entonando una canción de su país, célebre en hechicerías, para distraer á Jone y Glauco, y un fondo bonito en detalles, son elementos que han servido á Salinas para un cuadro bien sentido é interesante por su composición. Esta obra no seguirá á tantas otras de nuestros compatriotas en su excursión por el extranjero: adquirida por un rico propietario de Valdepeñas, será testimonio en España del valer de nuestros artistas en Roma.

RETRATO, por Enrique Augusto Janet

En el último *Salón* de París llamaba la atención el cuadro que reproducimos, no precisamente porque nuestros lectores puedan apreciar sus condiciones como retrato, sino como una muestra no muy común de la manera de emplear en una obra, de índole poco artística, los recursos del talento y el fruto de un estudio de natural, muy apreciable, aun prescindiendo del mayor ó menor parecido de la dama retratada.

CORONACIÓN DEL CADÁVER DE Sta. ISABEL, cuadro de Hermann Kaulbach

El día 19 de noviembre de 1231 entregaba su alma á Dios la princesa Isabel, hija de Andrés II, rey de Hungría, y viuda del landgrave de Turingia. Murió á la edad de veinticuatro años, y los últimos cuatro de su existencia fueron tan azarosos y tristes que la mayor parte de ellos puede decirse que los vivió de las limosnas que le hacían sus admiradores, con peligro de su seguridad personal. ¡A tal extremo llegó la saña del hermano y sucesor de su marido, que hizo perseguir cruelmente á la ilustre viuda porque había empleado en obras de beneficencia una gran parte de las rentas del Estado!...

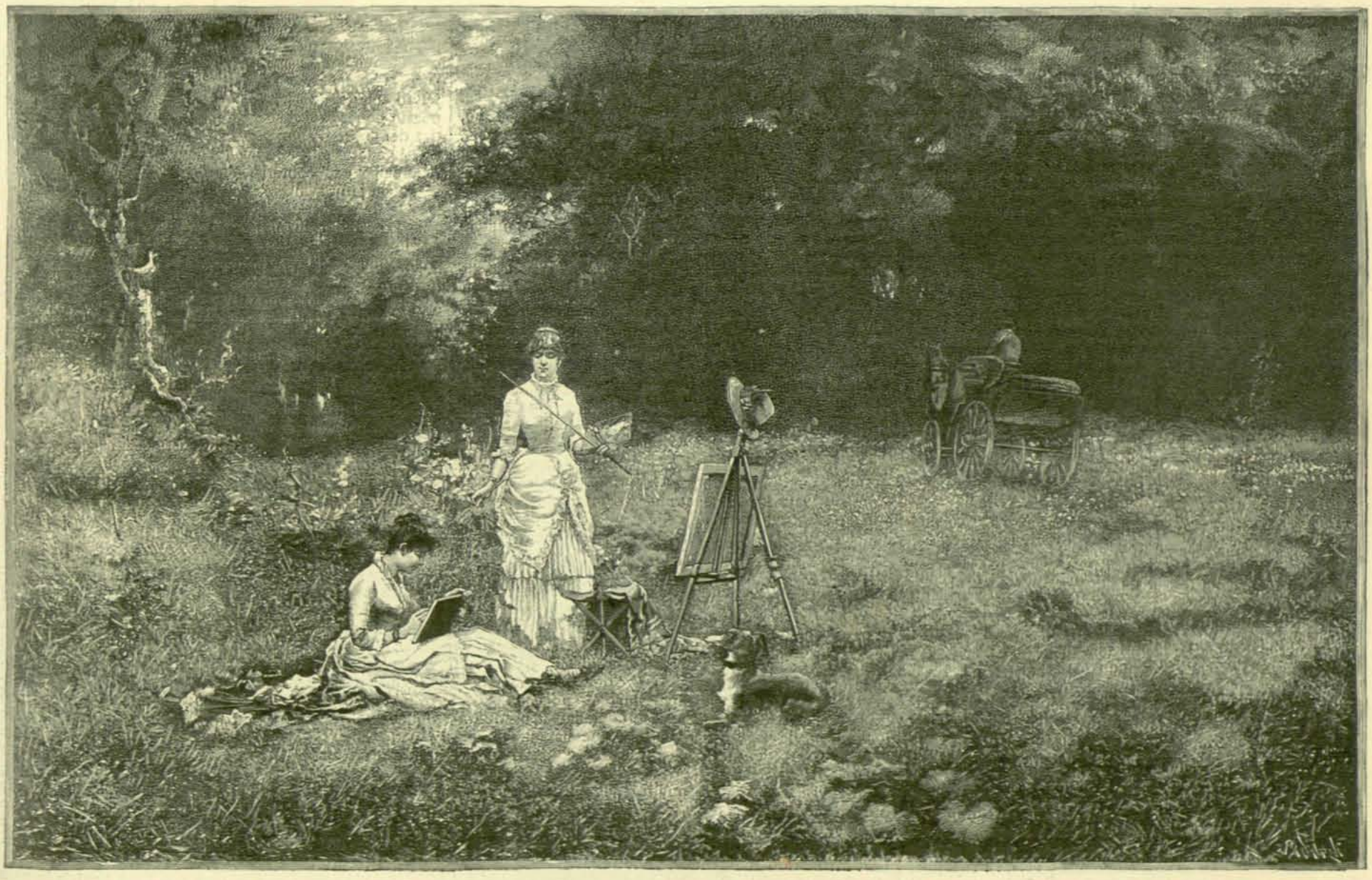
A los cuatro años de su muerte fué canonizada Isabel por el papa Gregorio IX, y un año después, en 1236, fué exhumado el cuerpo de la santa princesa, enterrado en el hospital de Marburg, por el arzobispo de Maguncia. Asistió á la ceremonia el emperador Federico II, el cual levantó el primero la losa de la sepultura y puso en la cabeza del cadáver una corona de oro. Tal es la escena representada con grandiosidad y la posible exactitud en el cuadro que reproducimos. El joven que se encuentra junto al emperador es el landgrave Hermann, hijo de Isabel, é hijas suyas son, asimismo, las tiernas princesas arrodilladas junto al estrado, de nombre Sofía y Gertrudis.

Este grandioso lienzo está ejecutado con la maestría propia de su autor. El conjunto es imponente y en los detalles se revelan los peculiares estudios de Kaulbach, que nada deja al azar ó á la impresión no justificada. El artista debe mucho á su reputación, y una vez más ha pagado espléndidamente su deuda.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA BACANAL, bajo relieve de Mariano Benlliure

La Bacanal, representación de un culto degenerado que la antigua Roma heredó de la artística Grecia, ha tenido en todas las esferas



AL AIRE LIBRE, cuadro de Echena, grabado por Sadurní

del arte intérpretes de eterna fama, que en asunto tan escabroso lucieron sus potentes facultades. Estudiadas estas representaciones, se observa que son de dos géneros: fiestas escandalosas en que sátiros y bacantes desnudos, danzan al son de los instrumentos poseídos de lúbrica pasión y bacanales más humanas, en las que diversos personajes celebran las ceremonias de un culto alegre siempre y siempre digno de más tupido velo que el empleado por los astistas para disimular lo que llegó á ser extravío de los sentidos. A este último género pertenece la obra de Mariano Benlliure, maravilla del arte contemporáneo, pensada como todas las suyas, bastante á despertar recuerdos del arte antiguo por el carácter clásico que tiene y bastante original para no procurar reminiscencias de las que lucen en los Museos Pio Clementino y Borbónico, ni para hacer recordar las de Rafael, Caraccio, ni Pussino. De esmeradísima ejecución, *la Bacanal* del menor de los Benlliure marcará una época en su carrera y será siempre de sus más notables obras, que analizaremos en conjunto en época no lejana.

EL VIAJE DE BODA

No es muy antigua la costumbre. Nuestros padres ignoraban por completo que para ser personas distinguidas era preciso recibir la bendición nupcial y poner la mayor distancia posible entre la Iglesia y el hogar. Figurábanse las pobres gentes, que aquella casa amueblada de nuevo, que iba á ser desde entonces el *at home* de los ingleses, el *chez soi* de los franceses y el *rinconcito conyugal* de los españoles, necesitaba ser consagrada en el acto por los jefes de la «nueva familia.»

Allí iba á verificarse la despedida de la madre: allí iban á oirse por la recién casada los consejos y las advertencias de parientas y amigas: allí las bromas, más ó menos atrevidas de primos y vecinos, iban á colorear con la encantadora tinta del rubor aquellas lindas mejillas, donde el amante esposo había de borrarlas con sus legítimas y apasionadas caricias; allí, en fin, terminado el baile de rigor, ó la cena obligada, iban los nuevos esposos á tomar posesión de sus vastos dominios, y á plantear rápidamente, con las naturales impaciencias de la felicidad, el problema difícil de la dicha futura ó de la desdicha eterna.

Hoy todo esto ha desaparecido. La moda exige que eso se vea al *regreso*. Que los recién casados tomen el tren: que vayan á pedir libertad y amor, secreto y expansiones á los hoteles de provincia, ó á las fondas extranjeras; y que los santos recuerdos del amor correspondido y santificado, no estén reunidos y al alcance de la mano, sino desperdigados y confundidos con las impresiones de viaje y las molestias de la casa ajena.

A las desilusiones de la vida íntima, á las necesidades materiales de la pobre humanidad, que en la casa propia pueden mejor disimularse ó pasar desapercibidas, se añaden desde luego el gorro de viaje, el ronquido de la postura incómoda, el polvo que ensucia las manos, el carbón que hace lagrimear los ojos y el tragar ridículo y hambriento de los que sólo pueden disponer de *20 minutos d'arret*, ó de *Parada y fonda*, para todas las perentorias necesidades de la vida.

La bella Condesita del Puente, una de nuestras más distinguidas damas, y en casa de la cual se recibe los viernes, por ser el día en que tradicionalmente no tiene abiertas sus puertas el teatro Real, fué hace dos meses madrina de boda de su amiga de colegio Elena de ····. Todos los íntimos acompañamos á Elena á la estación del Norte, concluída la ceremonia nupcial, y con apretones de manos, sonrisas maliciosas y abrazos oficiales despedimos al feliz grupo matrimonial que iba á emprender su viaje de boda. Han trascurrido dos meses, y anoche, con gran contentamiento de los presentes, y suprimiendo las piezas de piano y los juegos de cotillón, la Condesita, sentada en una de esas sillas de tijera, que la moda ha declarado de buen gusto, y la estética reputa por impropias del confort y del mueblaje serio, nos leyó en alta voz, como ella sabe hacerlo, la epístola siguiente, acabada de recibir ayer mañana y que tenía la firma de su amiga Elena.

Una salva de aplausos coronó la lectura de la epístola. Si mis lectores la saludan con una sonrisa, es todo lo que podemos apetecer.

«Condesa de mi alma:

»¡Por fin! No; no me preguntes nada!... Yo no puedo decirte dónde estoy, á dónde voy, ni de dónde vengo. Un ruido confuso y un aturdimiento extraño embargan todas mis facultades intelectuales y sensitivas. Creo que lloro en este instante... He concluído mi viaje de boda, *mi viaje al cielo*, como dice mi mamá!

»En fin; creo que estoy de vuelta.

»Hablemos en primer lugar de mi matrimonio. Ya lo sabes tú; fué como casi todos los matrimonios de nuestra clase. El padre de mi marido, después de los preliminares de costumbre, dijo al mío una mañana en su despacho, – porque su padre es banquero más que conde, como el mío es más hombre de negocios que político: – «Bien! tomamos á su hija de V. á cien mil duros fin de mes.» – Mi papá respondió: «Convenido, se la abono á V. en cuenta,» y me liquidaron... es decir, me casaron. Creo que entre ellos viene á ser lo mismo.

»Me han dicho que hay gentes infelices que después de la boda suelen almorzar en la Fonda del Retiro, ó en las Ventas del Espíritu Santo, y luego pasean por la Castellana y después comen en su casa y luego... pero las gentes distinguidas, la *highe liffe* como nosotros, el mundo de los *cien mil á fin de mes*, emprende un viaje á cualquier parte – á Italia sobre todo – justo... á Italia, eso es lo correcto, lo indispensable, lo *pichut*.

»Y como sabes, partimos mi marido y yo... completamente solos. Es decir, nos acompañaron papá y mamá hasta Niza. Eso es más distinguido. Allí se separaron de nosotros.

»Mi mamá estaba muy conmovida. «Ya comprendes tus deberes, ¿no es verdad? – me dijo. – Sé sumisa, amable, previsora. Tu marido es naturalmente una nulidad; sin ideal, sin poesía, en fin, no le hagas caso. Sin embargo, habrá circunstancias en que tengas que obedecerle... ¡cómo ha de ser! ¿Llevas el agua de Melisa?»

»Mi papá ha estado sublime. «Querido amigo, – le ha dicho: – Nada de frases...las bases sagradas de la familia de acuerdo con las leyes... en fin, para concluir; la verdadera felicidad consiste en ser dichoso. Ya sabe V. lo que debe hacer... orden, cariño... y después de todo, mejor es casarse que pasar tres ó cuatro horas en el café, ó trasnochar en el Casino.»

»Nos encontramos por fin solos en el *Slepen-kar*, con una familia inglesa. Asusta el número de ingleses que hay en todas partes, hasta en Londres.

»En Milán, – me habían hablado mucho de Milán, – he visto á dos ó tres modistas, he visitado diez ó doce almacenes, he comprado siete vestidos, dos sombreros, algunas medias, encajes, etc., para el viaje solamente; está todo muy barato. Milán es más triste que Madrid; la catedral está muy oscura; bien podrían blanquearla. Luego hay mucha gente; no se puede estar solos: no puede haber intimidad... quietud... salimos aquella misma noche.

»Claro, como que mi sueño no era aquel. Mi deseo, mi encanto era Venecia... la Venecia que se ve en las romanzas en el piano, con el puente de los Suspiros á lo lejos, y un queso blanco melancólico que se refleja en el agua... ¡Venecia!... ¡el Adriático inmenso!... ¡el canto de los gondoleros!...¡los palacios de los Borgias!... ¡La vida del amor, del misterio, de la soledad íntima... del olvido del mundo!...¡ El canal! ¡El otro canal! ¡El pequeño canal! ¡El gran canal!... Allí encontramos á muchos ingleses de Milán, en una góndola-ómnibus que iba detrás de la nuestra!...y detrás otras! y otras! ¡Cuánta gente! ¡Cuánta góndola! No hay manera de estar solos nunca, á menos de no ir lejos... lejos... muy lejos – mar adentro – y entonces el mareo... ya comprendes... y los vómitos... ¡horror!... Salimos de Venecia aquella misma noche.

»Mamá me había dicho: «Sobre todo, hija mía, no dejes de ir á Verona! te enseñarán la habitación donde nacieron Romeo y Julieta.» No sé si me dijo los dos, ó uno de ellos, en fin, no importa: para el caso es lo mismo. En el hotel donde preguntamos, nos dijeron: – ¡Si es aquí! Sí, señora. Arriba en el piso cuarto, un cuartito pequeño con vistas al patio. – Subimos, y yo no ví nada más que un reloj muy antiguo bajo un fanal, – sin duda el reloj era de aquella época. – Comimos: nos dieron un pollo, que era de la misma época que el reloj y, naturalmente, salimos en el acto de Verona.

»Además, que había que ver Florencia. ¡Florencia! ¡Allí pasa el primer acto de *Boccacio!*

Mujercita, fresca y bonita...
tu marido te necesita...

»En Florencia hemos visitado los museos...las iglesias... pero, ¡cuánta gente! ¡cuánto *touriste!* Eso es fastidiosísimo, y después tanto retrato... tanto cuadro... tantas estatuas!... parece que todos aquellos monigotes le siguen á uno con los ojos. En fin, que no se puede estar un momento á solas. Sin embargo, mientras el cicerone nos explicaba detalladamente todos los cuadros de Guido Reni, mi marido y yo hemos tenido algunos minutos de tranquilidad y de calma. Él me miraba fijamente... yo le miraba á él... ¡largo éxtasis! Parece que aquellos cuadros son magníficos. No nos hemos enterado.

»De Florencia á Roma, á donde llegamos en pleno carnaval. ¡Qué multitud abigarrada y alborotadora! ¡Qué gritería! ¡qué confusión! Imposible estar abstraídos un solo momento, y después los ingleses de Milán y los de Florencia y los de todas partes. Nos han dicho que el carnaval en Roma es sumamente divertido y muy alegre! mucho! Efectivamente, hemos visto muchísimos trajes, hasta un individuo iba por el coso con traje italiano: obtuvo un éxito loco, parece que allí no conocían esos trajes! En fin, por la noche, rendidos y hastiados, nos retiramos temprano al hotel. Era la primera noche que no dormíamos en vagón desde nuestro matrimonio. Así es que en cuanto entramos en el cuarto, nos quedamos dormidos como unos benditos: yo, en la butaca en que empecé á desnudarme, él, en un baño de pies que pidió al entrar.

»¡Cosa rara! En esa primera noche de intimidad, hemos tenido nuestra primera reyerta. Poca cosa, pero en fin, nos hemos incomodado. Mi marido estaba de un humor infernal, yo no sé por qué, y yo bostezaba... bostezaba como una marmota. Entonces le oí decir: «¡Vaya un viaje de boda: lo que es si me tengo que casar otra vez!...»

»Después hemos ido á Nápoles, al día siguiente de nuestra llegada á Roma. Nápoles es otra ciudad llena de tradiciones y de paparruchas. Parece que hay un antiguo volcán extinguido, que se llama el Vesubio, y que los guardas tienen cuidado de encender en cuanto va gente á visitarle. Es cosa muy fea: siempre está echando humo. Por lo demás, á mí me tenía sin cuidado Nápoles, Pompeya y todo lo demás. Ya nos habíamos reconciliado en el camino y estábamos muy contentos, aunque rendidos. Mi marido me miraba, yo le miraba á él... ¡largo... muy largo éxtasis!... ¡Nápoles! ¡el golfo! ¡el mar! ¡el cielo! ¡el azul por todas partes! No hemos visto más color que el azul. ¡En la bóveda celeste!... ¡en la gruta azul!

»Pensábamos ir más lejos... pero, ¿para qué? Hemos tomado el primer tren, y á España. En Niza, papá había tenido desgracias en la ruleta, pero siempre con una dignidad!... Nada de frases: «El demonio del juego...» «la sed abrasadora del oro...» «el...» «en fin, mejor es eso que pasar tres ó cuatro horas en el café.» Marchemos.

»Y aquí estoy de vuelta.

»En mi casa. No más vagones, no más hoteles, no más ingleses... no. La vida tranquila... el rincón del hogar... la felicidad... á duo .. la dicha que habíamos ido á buscar tan lejos y que nos esperaba aquí!... Créeme, Condesa... lo mejor que tienen los viajes, es siempre la vuelta.

»Si vuelvo á casarme alguna vez, te juro que lo primero que suprimiré será *el viaje de boda*. – Tuya, *Elena*.»

Luis Mariano de Larra

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

—Eso quisiera yo, – me contestó sin dejarme concluir, y persistiendo en su tarea de dilatar y acrecentar la llama; eso quisiera yo: que me dijeran, primero: qué motivo he dado para encontrarme en el estado en que me veo, y para haber sufrido los diferentes é inauditos martirios que han precedido á este estado, y luego: por qué pienso sin sesos, por qué veo sin ojos, por qué hablo sin lengua *organaque cetera*, por qué siento sin nervios, y sobre todo, por qué vivo sin corazón, sin sangre, sin entrañas, sin ninguna de las partes, en fin, que constituyen el organismo humano, además de los huesos. Es una cosa que me admira, que me tiene aterrado, desesperado, no sabes hasta qué punto. Quisiera saber por qué no soy, ni siento, ni vivo, sino desde las doce de la noche hasta que el gallo canta por la mañana. Sí, señor, que quisiera que me explicasen... pues ya lo creo, y mucho más.

– ¿Todavía?

– Sí, por cierto. Antes de morir, ó por mejor decir, porque yo no he muerto, antes de cambiar de manera de ser, cuando yo tenía todo aquello con que me dió á luz mi madre, cuando era un hombre como tú, como aquél, como aquéllos, antes de ser un espectro involuntario, veía, oía, sentía lo que físicamente podía ver, sentir y oir. Pero ahora es distinto. ¿Quieres que te diga lo que está haciendo en este momento el emperador de la China?

– ¡Bah!—dije soltando la carcajada, porque el extraño humor del esqueleto me había puesto de buen humor, en vez de aterrarme.

– No te burles; yo te diré lo que está haciendo. Está presenciando la aplicación de quinientos palos en las plantas de los pies á su cocinero, porque ha tenido la osadía inaudita de olvidarse de poner sal en un guiso de perros chinos *non natos*, servidos hace una hora á su majestad celeste, que por este horrible atentado se ha propuesto poner azul á su cocinero. Oyendo estoy los alaridos del pobre diablo, y eso que de aquí á la China hay... no sé cuántos miles de leguas: soy poco fuerte en geografía; pero puedo contarlas en dos minutos haciendo un viaje con la imaginación.

– ¡Bah! – repetí, – tú ó yo debemos estar locos.

– Lo estamos los dos, – me contestó el esqueleto: – tú por lo que no te sucede, y yo por lo que me sucede.

– ¿Y qué es lo que no me sucede?

– Estar en el teatro Real hablando con Enriqueta, con mi buena, con mi querida Enriqueta.

– ¡Cómo! – exclamé, – ¿pues qué tienes tú que ver con Enriqueta?

– Es hueso de mi hueso, sangre de mi sangre, carne de mi carne.

– ¡Tu hija!

– Sí, señor, mi hija.

– ¡Tu hija! ¿eres acaso D. Juan Camus?

– Porque ella se llame Enriqueta Camus, y D. Juan Camus estuviese casado con su madre, ¿ha de ser una consecuencia precisa para que Enriqueta pueda ser mi hija, que yo me llame ó me haya llamado D. Juan y no don Gabriel?

– ¡Adúltera su madre!

– ¿Y qué te importa? Nadie lo sabe, Enriqueta lo ignora: sobre la tumba de su madre hay un epitafio hecho por uno de los padres graves de la poesía española, epitafio en el que lo que más se pondera es la fidelidad conyugal de doña Isabel Arce de Camus. Además, Isabel no era mala: fué una ocasión desgraciada, hace diez y ocho años: un mal cuarto de hora, un momento de soledad conmigo. Después nos vimos muy poco, y siempre delante de gentes: luego el marido se fué empleado á provincia, y... pasó aquello para mí: no volví á ver á Isabel sino después de muerto, en el otro mundo: entonces, como quien da una noticia importante, me reveló al oído, para que los otros muertos no se enterasen, que de aquella ocasión funesta, de aquel fatal cuarto de hora, traía su origen la existencia de una preciosa niña que se llamaba Enriqueta... Pero permíteme; como estoy exageradamente desnudo, me quemo por delante y me hielo por detrás. Voy á vestirme.

– ¡A vestirte!

– Sí, por cierto: con la ropa que Juan ha dejado para vestirse de máscara.

Y sobre la marcha se puso la camisa y la ropa interior

que Juan había dejado sobre una silla: los pantalones, la bata, las pantuflas, y un gorro griego de terciopelo encarnado, con una larguísima borla de oro y bordaduras del mismo género.

– Esto es distinto, distinto de todo punto, – dijo; – esto es estar ya en condiciones aceptables; sólo me falta un cigarro; pero aquí los tenemos.

Y tomó de sobre la repisa de la chimenea un habano, y lo encendió: luego se aplicó el cigarro á una de sus fosas nasales, y el cigarro ardía y chispeaba, y el humo salía por la otra fosa, por los orificios de los alvéolos de los ojos y por el occipucio.

– Este Juan se trata muy bien, – dijo el esqueleto, – toma tú otro: son exquisitos.

Y me alargó otro cigarro, que yo encendí maquinalmente.

Estaba trastornado con lo que veía.

El esqueleto vestido con el traje de casa de Juan, era, sin quitar ni poner, un capricho realizado de Goya ó de Callot.

Y por el desarrollo de la frente de aquel cráneo, por sus formas generales, por su perfil incompleto, y por una completísima, blanca é igual dentadura, se comprendía que aquel esqueleto debió ser la armazón de un hombre hermoso.

Había yo formulado apenas este pensamiento, cuando el esqueleto me dijo:

– Tienes razón; he sido bello y simpático, y gran cosechador de aventuras amorosas: lo digo sin vanidad, aunque no sin dolor; la mujer me ha puesto en el estado en que me veo.

– Debe ser muy interesante tu historia.

– ¡Eh! ¿qué sé yo? la historia de un devaneo continuo, de una continua equivocación.

– Yo creo que así es la historia de todos los hombres.

—Tal vez. Pero yo no te había llamado ciertamente para contarte un cuento más.

– ¡Un cuento!

– Mintieron los que dijeron: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas; la vida es sueño;* es decir, Salomón y Calderón, ó el relato de un sueño no es más que cuento. Pero como decía, yo te había llamado para otra cosa distinta.

– ¿Para qué?

– Para que me acabases de matar; es decir, para que me librases de esta situación dolorosa, fría, absurda, inconcebible; pero puesto que tengo ropa, fuego y cigarro, consiento en pasar algunas horas más de esta vida incomprensible, satisfaciendo tu curiosidad y algo más, algo más.

– ¿Y qué más?

– Yo puedo hacerte feliz.

– ¡Feliz! ¿Y cómo?

– Haciéndote conocer el corazón de la mujer que amas.

– ¡Ah! ¡Enriqueta!

– ¿Dónde está? ¿dónde está Enriqueta? – dijo el esqueleto echando la calavera atrás sobre el respaldo del sillón, y arrojando por todos los agujeros de su cráneo un humo blanco y espeso. – ¡Ah! ya la veo, ya la veo, estoy también en baile.

– ¡Cómo! ¡está bailando!

ESTUDIO, de Hugo Kauffman

– No por cierto; está sentada allá en el fondo del salón y... sin careta.

– ¡Sin careta! ¡Pero si acaban de dar las doce!

– Es que Enriqueta no está en las máscaras.

– Pues no entiendo.

– Un ser humano no está allí donde no está su alma... y el alma de Enriqueta... está aquí... y tú debes sentirla, Eugenio... ó el magnetismo es una mentira; tú debes sentirla, porque el alma de Enriqueta está aquí, porque está en tí.

– ¡En mí!...Los del otro mundo usáis de un lenguaje incomprensible.

– ¡Oh! ¡primer sueño de amor de las vírgenes! – exclamó el espectro sin contestar á mis últimas palabras: – ¡sueño de un ángel que aun no ha descendido del cielo! ¡Oh! ¡oh! ¡Si yo hubiese sido el objeto de uno de esos sueños!

El espectro calló, y poco después continuó con acento lánguido, cadencioso, armónico, casi semejante á un canto; pero tan original y tan sentido como no le he escuchado nunca:

– El sol de la mañana es brillante, pero tibio; el cielo y las nubes y el espacio toman de él un color de rosa dorado.

El sol de la tarde es frío y triste, y delante de él extiende el cielo ráfagas de sangre.

¡Oh! ¡vírgen! ¡Oh, hija mía! Tú levantas tus negros ojos y absorbes en su brillante pupila esa luz de gloria; esa luz que no quema, que brilla en el rocío de las flores, en la hierba acariciada por la noche, en las húmedas alas de las mariposas!

Tú escuchas el dulce murmurio de la tierra que despierta entumecida: tú oyes el coro de las aves, la melancólica música del arroyo, la cencerrilla de la cabra que trisca alegre en las cortaduras saludando á un día que empieza.

Para tí todo es fresco y puro, y nuevo y desconocido.

Tú sueñas, tú amas.

Pero tú seguirás el curso de ese sol; tú le sentirás cada vez más ardiente hasta que deslumbre tus ojos, y cuando vuelvas á abrirlos le verás trasponiendo, rojo y sombrío, allá en la inmensidad de los mares.

¡Oh! ¡vírgen! ¡oh, hija *mía*! Tú amas soñando; ¡pobre hija mía! si yo tuviera corazón y ojos, lloraría por tu despertar: ¡oh! ¡y cuán horrible es despertar de un hermoso sueño!

De repente cambió de entonación el espectro:

– ¡Tontería! – dijo, – he probado hacer una poesía lírica y sentida, á la vista de mi hija soñando su primer amor, y sólo he conseguido ensartar una cáfila de vulgaridades; la poesía no es de nuestro siglo; hemos nacido después... muy después: hoy cuando más, cuando más, podemos ser filósofos...y la filosofía... ¡bah! no merece la pena... no conozco nada más vago ni más impertinente: ¿querrás creer que preferiría estar viviendo cien años de esta manera absurda, á tener al lado durante uno solo á un filósofo, aunque supiese que terminado el año había de morir por completo?

– Pero tú divagas... estábamos hablando de Enriqueta...

– Ese es el destino del hombre: divagar, y no más que divagar.

– Y el tuyo especialmente filosofar.

– Tienes razón, y por lo mismo voy á decirte lisa y llanamente lo que puedes esperar de mi hija.

– ¿Y qué puedo esperar?

—¡Todo!

– ¿Todo?

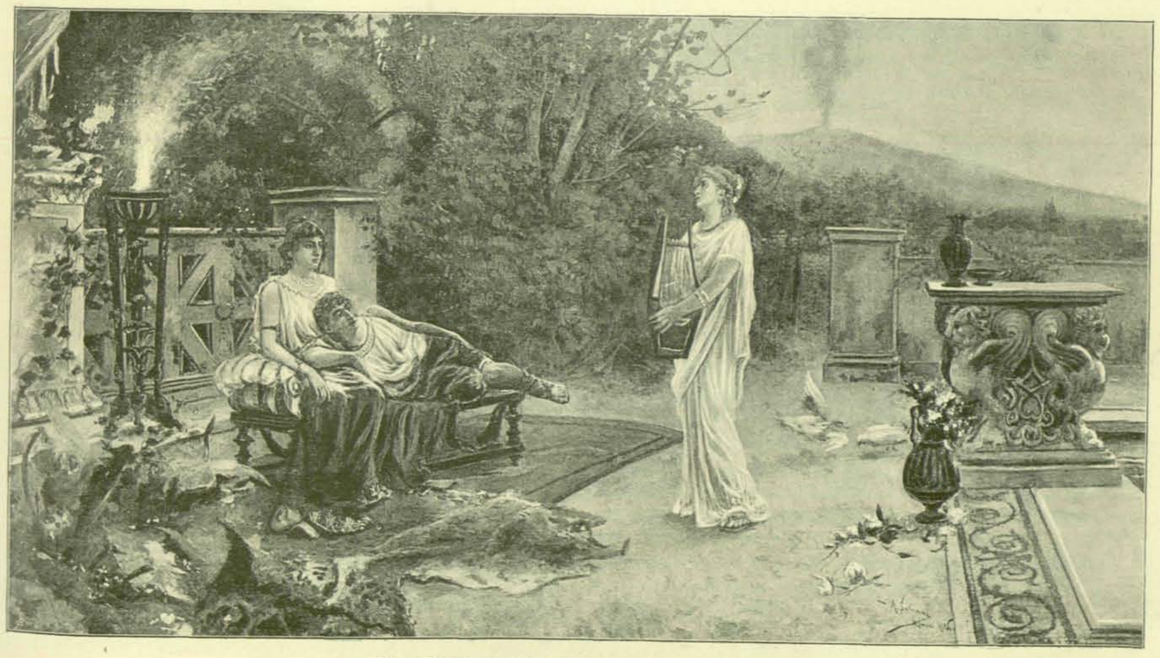
– Sí, *todo;* porque la pareces hermoso, porque la pareces.. todo lo que á una mujer que piensa como mi hija, que siente como mi hija, que ama como mi hija ha empezado á amar amándote, necesita para enamorarse, para hacer de un hombre un semidiós y adorarle.

– ¿De modo que...?

– Puedes, cuando quieras, casarte con mi hija... Si esto no te conviene, porque los inconvenientes del matrimonio te espanten, cuando quieras será tu querida... Si quieres estacionarte con ella... ella vivirá para tí solo y por tí solo... Si mañana te cansas y la dejas... mi hija llorará, empalidecerá, se pondrá tísica y se morirá... ¡Tú puedes salir del paso para con tu conciencia, ó echando tu conciencia á la calle por importuna, ó creyendo que Enriqueta no se ha muerto por tí. Si ya que eres pobre, atenido á tu aun no conocido bufete, quieres hacerte rico á costa de mi hija, ella te dará cuanto tiene: ¡cuando te digo que á pesar de no haberte visto hasta anoche esa desgraciada te adora!

– Hablas acerca de la suerte de tu hija de un modo incomprensible, repugnante.

(Continuará)



LA CANCIÓN TESALA, cuadro de Agustín Salinas

CORONACIÓN DEL CADÁVER DE SANTA ISABEL, cuadro de Hermann Kaulbach

RETRATO, por Enrique Augusto Janet

ATAQUE INESPERADO, cuadro de Basilio Vereschagin

UN PINTOR DE ORIENTE

BASILIO VERESCHAGIN Y SUS OBRAS

«Siempre se debe esperar algo nuevo de Africa,» decían en otro tiempo los romanos: y nosotros podríamos repetir las mismas palabras, cambiando sólo el nombre del país y refiriéndonos á Rusia, pues todo cuanto de allí procede, relativo á cultura, es fuerte y vigoroso, reconociéndose que la fuente de donde emana, joven, rica y abundante, no está debilitada, agotada como la nuestra. Rusia nos ha dado un nuevo pintor, esencialmente moderno á la vez que original, cuyas obras deberían formar época en la historia del Arte. Las Academias, las reglas y tradiciones no son nada para Vereschagin, que prescindiendo de todo esto, y como hijo de un país semi civilizado, ha sabido eludir rancias preocupaciones, absteniéndose además completamente de los asuntos convencionales. Después de observar la vida sin someterse á las trabas que pesan sobre nosotros, los hijos de Occidente, desde nuestra misma infancia, nos presenta el resultado de su estudio con un arte tan viril como original, lleno de palpitante realismo y de la más elevada filosofía. El hombre es inseparable de su obra, como sucede siempre con los verdaderos genios, y en este caso el artista ha escrito en sus lienzos su biografía, porque reprodujo todo cuanto vió; ante todo ha pintado como testigo ocular, y sus cuadros son otros tantos capítulos de su vida.

Basilio Vereschagin nació en 14 de octubre de 1842 en la provincia de Novgorod, país caracterizado por sus espesos bosques y sus vastas estepas, donde la familia había poseído dominios durante varias generaciones. La abuela materna de Basilio era una tártara de rara hermosura, casada con un hombre muy rico, que la envió á buscar al Cáucaso; y he aquí por qué Vereschagin se complacía más tarde en decir que tenía tres cuartas partes de ruso y una de tártaro. A decir verdad, ciertos rasgos de su expresiva fisonomía revelan que por sus venas corre la sangre oriental.

Cuando aun era niño, manifestóse ya en él su afición al arte, pues dibujaba mal ó bien todo cuanto veía; pero su familia, considerando que dar al joven la carrera por él indicada sería rebajarse socialmente, á su modo de ver, resolvió destinarle á la marina. En su consecuencia, comenzóse por enviarle á una escuela de náutica, donde no tardó en distinguirse, pero sin dejar por eso de consagrarse á su estudio artístico en todos los ratos de ocio. Con el auxilio de su madre, pudo vencer al fin la oposición del autor de sus días, y aunque éste le aseguró que si se empeñaba en ser pintor no le daría jamás un cuarto, los sentimientos generosos se sobrepusieron al fin á la severidad del padre, que de vez en cuando entregaba á su hijo sumas de no poca importancia. Entretanto, el joven había ganado dos cursos en la Academia de San Petersburgo, donde comenzó á disgustarle el pseudo-clasicismo; y aunque obtuvo medalla de plata por la composición presentada, inutilizó esta última después, asegurando que le era forzoso cambiar de escuela, porque siendo esencialmente amante del naturalismo, estaba en completa oposición con lo antiguo.

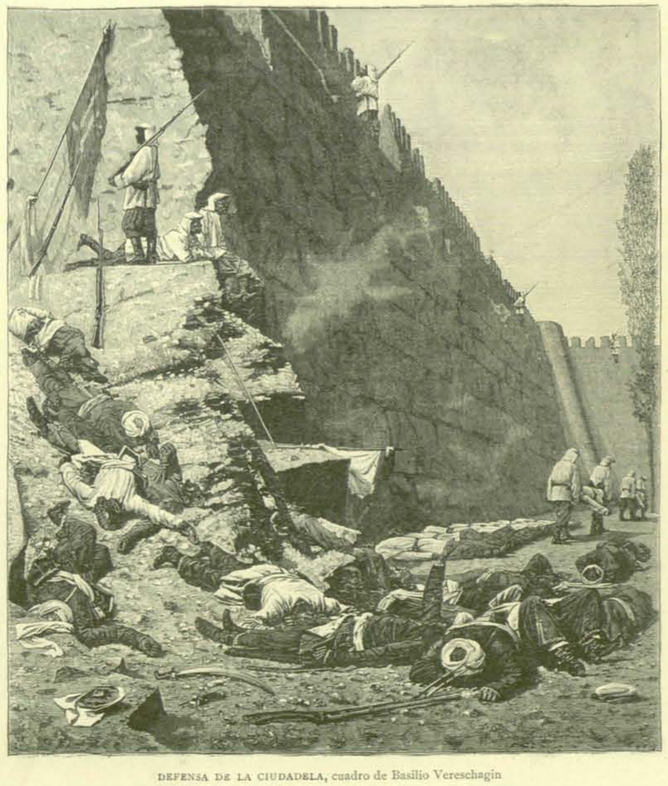
Al cabo de poco tiempo, el instinto de Vereschagin le impulsó á viajar; y después de una rápida, pero instructiva correría por París, los Pirineos y Alemania, marchó al Cáucaso para estudiar en su fuente los asuntos orientales, que ya le atraían mucho. No tardó en aparecer en el *Tour du Monde* un relato muy gráfico, escrito é ilustrado por el mismo artista, dando cuenta de su primera excursión á Oriente, en cuyo relato Vereschagin demostró que era tan apto para manejar la pluma como el pincel. Tres álbums llenos de acuarelas y de dibujos fueron el resultado de aquella visita, y habiendo recibido el joven por entonces mil rublos de su padre, marchó á París en 1864. Deseaba ver ante todo al pintor Gerome, y con su natural actividad, presentóse al punto al estudio del artista y solicitó que le admitiera para aprender. – «¿Quién le ha enviado á V. á mí? – preguntó Gerome. – Sus pinturas,» contestó sencillamente Vereschagin. – La franqueza del joven y sus obras le recomendaron al maestro, que accedió á la brusca petición; Vereschagin trabajó dos años con él, y asistió al mismo tiempo á la Escuela de Bellas Artes. Aquí fué el primero en emanciparse de las reglas tradicionales, y su energía con los que le criticaban hizo comprender á éstos que no era un hombre común; opúsose á copiar á los antiguos maestros; y también rehusó servirse de colores, alegando que él no se creía con suficiente aptitud para ello. El nuevo artista no permaneció largo tiempo en París; para su estudio no eran suficientes las escenas de una refinada civilización; necesitaba el espacio libre, la naturaleza salvaje; y así es que en las vacaciones de 1865, saliendo de París como quien huye de una prisión, dirigióse á las regiones caucásicas, bosquejando á su paso todo cuanto veía, con un ardimiento que rayaba en frenesí. – Mi álbum, – escribía Vereschagin, – revela mi afán; y esta vez ha sido tan considerable el número de mis bosquejos en el Cáucaso, que Gerome no pudo menos de manifestar su asombro. Sin embargo, los colores se me resisten siempre, y por lo mismo prefiero trabajar con mi pincel.

De vuelta á París, Vereschagin hizo vida de anacoreta, dedicando á sus trabajos diez y seis horas diarias.

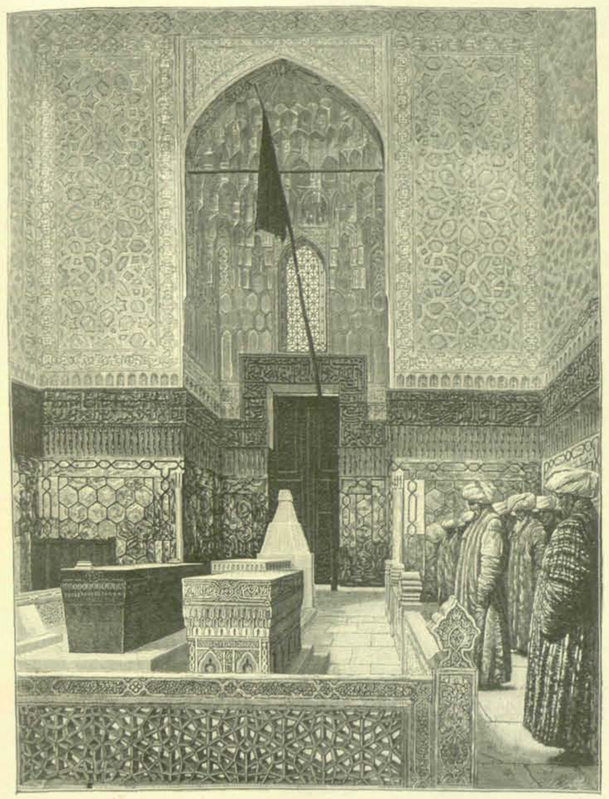
En el año 1867 terminó el aprendizaje de Vereschagin, que comenzó á pensar de nuevo en la poesía del Oriente. Sólo necesitaba un empuje para lanzarse, una oportunidad para emprender la marcha, y afortunadamente no tardó en presentarse bajo la forma de una expedición rusa á las estepas del Asia Central con objeto de castigar á los merodeadores turcomanos, que cometían numerosas depredaciones. El general Kaufmann acababa de ser nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias, y Vereschagin solicitó ser admitido como voluntario artista, lo cual se le concedió al punto, nombrándosele desde luego teniente para facilitarle los medios. Desde aquel momento, Vereschagin tuvo en perspectiva un espacioso campo de acción, y pudo estudiar el Oriente como pocos pintores lo hicieron antes, tanto, que se le hubiera debido considerar como el Vambery del arte, porque penetró con sus pinceles donde los demás habían pasado sólo con la pluma. Allí conoció la guerra á fondo, mejor que ningún artista pudiese conocerla antes; por eso nos la ha representado con tanta verdad, desnuda del oropel y de los caprichosos accesorios con que nos la retrataban hasta aquí los artistas, más aún que los historiadores; y también nos ha hecho ver cuán horrible, sangriento y repugnante es en realidad el espectáculo de esa lucha de los reyes. Las pinturas de Vereschagin, aunque todos sus asuntos sean asiáticos ó se refieran á Europa y Asia, se pueden dividir en dos grupos principales, las de género ó que representan paisajes, y las relativas á los episodios de la guerra; pero el artista clasifica sus obras en tres secciones: las que tratan de la India, las relativas al Turkestán y las que se refieren á la guerra turco-rusa. Debe advertirse que Vereschagin no pinta sus lienzos como composiciones separadas, sino en colección, la cual no quiere truncar por ningún concepto, negándose á vender pinturas separadas. He aquí por qué no los vemos nunca en los museos, como los de otros artistas; sólo se encontrarán en las exposiciones aisladas, como la del Palacio de Cristal en 1873, y la de South Kensington más recientemente: en sus catálogos se leen siempre las palabras «No se vende.»

Mientras estuvo con el general Kaufmann, Vereschagin no se limitó á bosquejar y pintar, sino que también se batió. Durante la defensa de Samarcanda, vióse encerrado con quinientos hombres en la antigua capital de Timur, cercada por una horda de feroces sitiadores; y cuando los rusos comenzaban á desanimarse, el artista, olvidando sus pinturas, al ver que el enemigo acababa de clavar el estandarte en las murallas, reunió á su gente en el momento crítico, amenazó á los que huían con un revólver en cada mano y obligóles á prepararse para la defensa.

Para recompensar el heroísmo del artista, se le concedió la Cruz de San Jorge, que es la primera condecoración militar; pero Vereschagin rehusó este honor, como había rehusado siempre cuantos se le ofrecieron antes, alegando que el arte es un estado libre y que cuando busca semejantes recompensas deja de ser digno de su alta misión.



DEFENSA DE LA CIUDADELA, cuadro de Basilio Vereschagin



ACCIÓN DE GRACIAS, cuadro de Basilio Vereschagin

Poco después de haber vuelto el artista de su excursión al Asia, es decir en 1869, expusiéronse algunos de sus cuadros en San Petersburgo, donde produjeron honda sensación, particularmente los que llevan por título *Ataque inesperado* y *Defensa de la ciudadela* (véanse los grabados). Estas pinturas, que representaban con la más viva expresión los horrores de la guerra, impresionaron de tal modo al czar Alejandro II, que los conservó en su gabinete particular hasta el día de su muerte.

Después de pasar un verano en Amberes y Bruselas, Vereschagin marchó otra vez al extremo Oriente, para levantar más el velo misterioso que tanto tiempo ha ocultado sus secretos. Esta vez llegó á la China y pudo contemplar los lúgubres desiertos y la fatal frontera, tumba de tantos hombres No era fácil penetrar hasta aquellos parajes, pero el general Kaufmann había facilitado los medios al artista, y por otra parte, éste acababa de recibir la parte de su herencia de familia, entregada generosamente por su padre. Sin embargo, también esta vez se salvó de no pocos peligros gracias á su energía y valor.

De regreso del Asia, Vereschagin se estableció en Munich, donde construyó su primer estudio al aire libre: era una especie de habitación movible, montada en ruedas que se deslizaban por unos rails como los de un tranvía circular: el artista había tomado la idea de los instrumentos que se usan para las observaciones astronómicas; y en su nuevo estudio le era fácil colocar su modelo de modo que estuviese bien iluminado por la luz directa del día, mientras que él trabajaba en el interior con toda comodidad. De este modo el artista se entregó á sus tareas durante dos años, y al cabo de este tiempo, cuando el mundo vió por primera vez el número y la variedad de sus pinturas, la calumnia murmuró que no era posible que fuera obra de un solo hombre. Muchos de estos cuadros se expusieron en el Palacio de Cristal.

La prensa inglesa ensalzó las obras de Vereschagin con justo entusiasmo, y *El Spectator*, entre otros diarios, después de asegurar que en nada se asemejaban á lo que se había visto antes, terminaba su artículo diciendo: «Por su belleza y bizarría son únicas en su género.» Toda la colección fué trasladada después á San Petersburgo, donde la compró por 92,000 rublos el Mecenas moscovita P. M. Tretjakow; pero Vereschagin impuso tres condiciones: que las pinturas no saldrían de Rusia; que no se truncaría la colección; y que se permitiría al público verla. Tretjakow aceptó generosamente, y hasta mandó construir una galería especial para colocar los cuadros. Entretanto, el artista marchó otra vez á Oriente, que seguía atrayéndole como antes. Estaba resuelto á ir á la India, y quiso que le acompañara su esposa, con la cual se había casado en Munich. La excursión duró algo más de dos años, y durante este tiempo la feliz pareja sufrió no pocas fatigas y privaciones; pero como su visita coincidió con la del príncipe de Gales, Vereschagin pudo ver la India en todo lo que tiene de bueno y de malo, tanto más cuanto que había recibido una atenta invitación para reunirse con el cortejo real.

Sin embargo, no eran las pomposas ceremonias, ni la falsa India de las *Mil y una noches* lo que Vereschagin buscaba; quería estudiar tipos y castas para representar el indecible encanto de ese singular país. Cuando el artista fué á visitar el Himalaya, subió hasta el pico más alto, acompañado de su esposa, sin hacer caso de los que trataron de disuadirle. Vereschagin quería estudiar desde allí los efectos de la nieve y de las nubes, y después de esta visita pintó un cuadro magnífico, en el cual representaba la cordillera del Himalaya, con sus picos cubiertos de nieves eternas: el conjunto era soberbio; y difícil es que nadie pueda pintar la nieve como Vereschagin, pues sabe expresar la sensación del frío con admirable elocuencia.

No es posible ni siquiera enumerar los bosquejos de asuntos indios y orientales que Vereschagin hizo en París á su vuelta, en el enorme estudio construído para él durante su ausencia; en ellos revelaba que en aquellas regiones hay un tesoro para el arte, no explotado aún.

Entre las notables pinturas presentadas por Vereschagin ha llamado principalmente la atención la que se titula *Contemplando los trofeos:* representa un patio de rica arquitectura, donde el blanco mármol y las columnas esculpidas constituyen un majestuoso conjunto; en el suelo se ve un montón de cabezas cortadas, y el emir las contempla con desdén, empujando con el pie una que ha rodado, separándose de las demás; al rededor están sus cortesanos, cuyas fisonomías no revelan disgusto ni piedad ante aquel sangriento espectáculo. Aquí se ve también la tumba de Tamerlán, con sus cúpulas y sus gigantescas moles de mármol.

En Maisón-Lafitte, á corta distancia de París por el camino de hierro, es donde Vereschagin ha construído un estudio á su manera; situado en el claro de un bosque, circuído de árboles, sin más compañía que su esposa para compartir su soledad, trabaja sin descanso, y vive á su gusto cuando la nostalgia no le abstrae, haciéndole pensar en más grandiosos paisajes. Pocas personas visitan á ese extranjero, sobre el cual se ha comenzado ya á forjar una leyenda, porque los sociables campesinos franceses no pueden comprender un hombre que pinta desde la mañana á la noche, que nunca les habla y que cuando sale á paseo no lleva más compañía que dos temibles dogos. Vereschagin no se cuida de lo que puedan decir, y parece muy satisfecho en su estudio, que es tal vez el más grande del mundo, pues mide 100 pies de longitud por 50 de anchura, y las ventanas 40 de elevación por 27 de ancho, mientras que el techo se halla á la altura de 30 pies. De este modo puede pintar cuadros de grandes dimensiones, cuando así le conviene; pero además de esto tiene un estudio movible como el de Munich, aunque más grande. Desde que Vereschagin habita en Maisón-Lafitte, se ha dedicado solicitamente á sus pinturas indias, con objeto de «englobarlas en dos colecciones,» según sus mismas palabras. Con esto esperaba ganar mucho dinero, no para sí, pues nunca gastó en beneficio propio el producto de sus trabajos, sino para aplicarlo á la fundación de escuelas.

Vereschagin se hallaba en Maisón-Lafitte cuando estalló la guerra turco-rusa: por consideraciones á su esposa, no había querido separarse antes de ella cuando se produjeron las complicaciones con Servia, pero esta vez no pudo resistir ya más; ansiaba trasladarse al lugar de la acción para estudiar ó para batirse en caso necesario, y preparándose para la muerte, trasladóse al cuartel general de los rusos. Allí fué muy bien recibido por el emperador y su séquito, y al punto se le facilitaron todos los medios para que pudiera seguir el curso de la campaña. El autócrata ruso no quedaría tal vez muy satisfecho de su condescendencia con el artista, porque éste, que en sus pinturas sobre la guerra del Turkestán había representado todo cuanto vió con una verdad comprometedora, ahora que estaba en toda su fuerza y vigor, no podía menos de representar en el lienzo asuntos de fuerza incisiva, que demostraban con los más vivos colores, como nunca se había demostrado antes, el horror y la miseria que á los pueblos ocasionan las sangrientas luchas de los reyes.

Así es que cuando algunos diarios le dieron el nombre de Horacio Vernet de Rusia, sobrada razón tuvo para juzgarse indignamente calumniado, porque en sus lienzos no glorifica la lucha de los reyes; más bien satiriza á los déspotas ambiciosos, y por lo tanto se le puede considerar como un moralista entre los pintores. A los que le censuraban por representar horrores, contestóles que sus pinturas no eran nada en comparación de las espantosas realidades que él había presenciado.

Accediendo á los deseos del gran duque Nicolás, Vereschagin se agregó al cuerpo de guardias mandado por Skobeleff, y resuelto á verlo todo, hasta insistió para que se le permitiera servir en un torpedero, puesto peligroso que á toda costa quiso ocupar, por más que se tratara de disuadirle, habiéndole dicho el jefe de las fuerzas: «Rusia tiene muchos centenares de oficiales, pero no dos pintores como usted.» Su obstinación le costó una grave herida que le tuvo dos meses en el hospital de Buckarest, donde renegaba de su suerte por no haber podido seguir á Gourko en su expedición más allá de los Grandes Balkanes Apenas se hubo restablecido, marchó apresuradamente á Plewna, y pudo llegar á tiempo para presenciar la destrucción de la fortaleza. Esto le proporcionó asunto para pintar un cuadro magnífico, que puede considerarse como uno de los más expresivos en el género, y también de los más propios para execrar los horrores de la guerra.

OLVIDADO, cuadro de Basilio Vereschagin

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

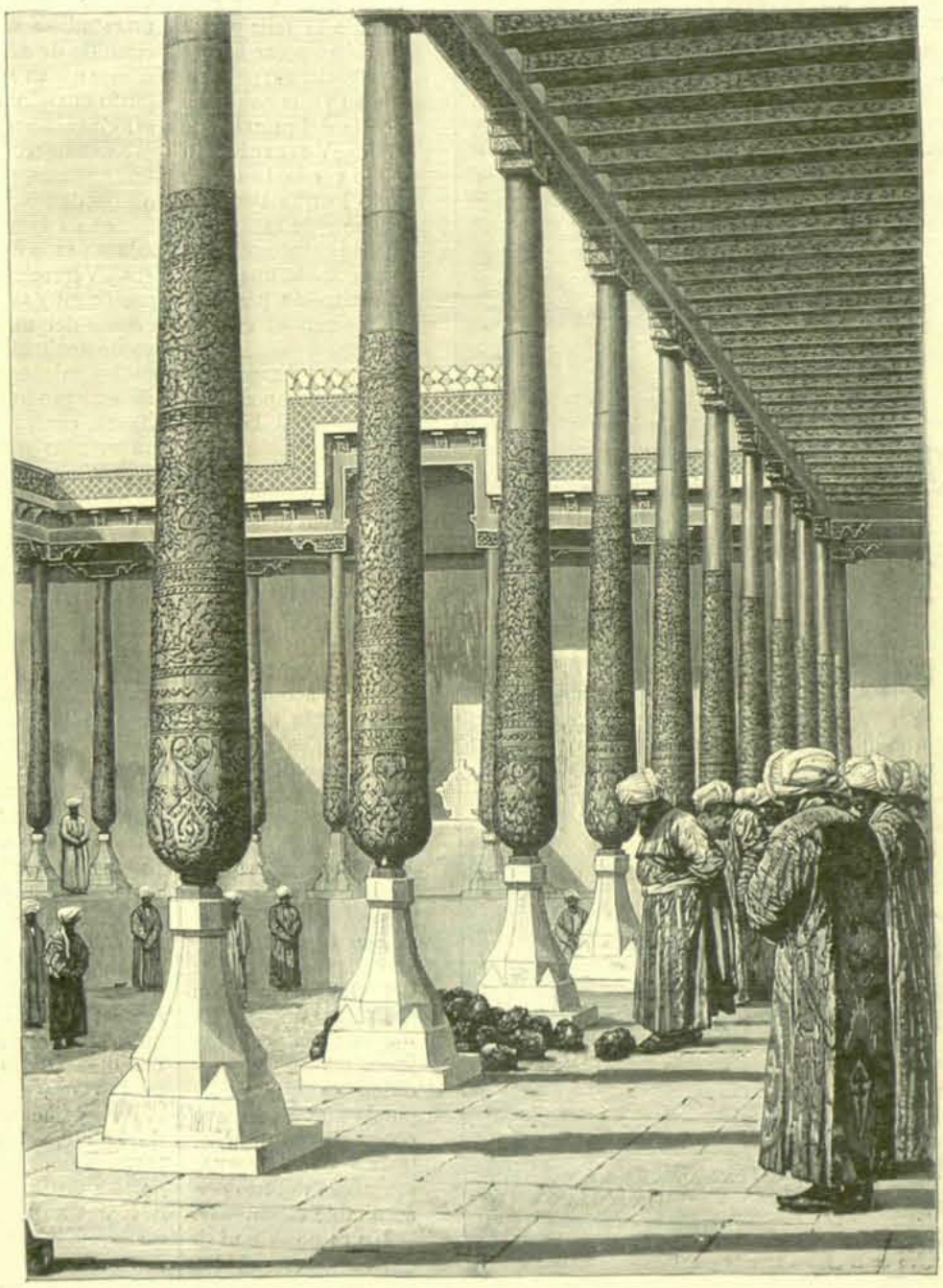
Al día siguiente de la batalla, dice Vereschagin, los hospitales del campamento estaban atestados de heridos, porque la lucha había sido más encarnizada de lo que se creía; los médicos debieron convertirse en héroes, y los hermanos de la caridad no tenían tiempo para acudir á todas partes; más á pesar de esto, los más de los heridos debieron pasar dos ó tres días sin que se les atendiera en lo más mínimo, y muchos de ellos hallábanse casi sumergidos en el barro y el agua de la lluvia. El ancho camino desde Plewna al Danubio estaba completamente ocupado por los furgones de la ambulancia y toda especie de carros llenos de heridos que volvían á sus casas; pero la mala construcción de los vehículos por una parte, y el polvo y el calor por otra, hacía imposible la curación para muchos, porque sus heridas se convertían en espantosas llagas, declarándose la gangrena en la mayoría de casos. Vereschagin observó detenidamente todos estos detalles para no omitir nada en sus cuadros, y á fin de demostrar que la guerra no se reduce á un belicoso aparato, á una exposición de elegantes uniformes y briosos caballos. Lo mismo sucedió con los heridos de los turcos: el camino de Plewna estaba lleno, aunque se habían distribuído muchos en las casas de la población, y nadie se cuidaba de aquellos infelices. Vereschagin nos dice que, habiendo entrado en una granja, preguntó al amo si tenía en su casa algún herido turco. – «Algunos había, – contestó con indiferencia el hombre, – pero creo que algunos de ellos han muerto ya; si V. quiere, vamos á verlo.» – Así diciendo, condújole á un cobertizo, y el artista vió que estaba lleno de cadáveres: muchos de aquellos infelices se habrían podido salvar si no se les hubiese olvidado.

Seguramente se necesita mucho nervio para contemplar las pinturas de Vereschagin sin impresionarse, y nada tiene de extraño que el Czar Alejandro II, al ver los últimos lienzos del artista, dijera á las personas que le rodeaban: «Ese hombre es un revolucionario.» Uno de los cuadros de la colección, el que representaba un episodio de la batalla de Plewna, había sido expuesto en San Petersburgo, y asegúrase que cuando el presunto heredero de la corona le vió, oyósele decir: «El que ha pintado esto es un loco ó un...» Vereschagin suprime la palabra, porque el Gran Duque pronunció una demasiado fuerte, aunque á pocos pasos de él se hallaba el artista, quien se limitó á contestar: «Siempre he dicho que mis pinturas no eran propias para los palacios.» Al día siguiente, Vereschagin recibió orden de presentarse en la gran residencia ducal, porque el príncipe deseaba conocerle más de cerca. El artista obedeció, pero después de haber hecho antesala mucho tiempo, díjosele que Su Alteza Imperial no estaba en disposición de recibirle aquel día, y que por lo tanto debería volver al siguiente. Vereschagin no creyó oportuno obedecer esta vez, y sin perder tiempo salió de Rusia, pues temía que se le impusiera un viaje involuntario de algunos años á la Siberia, para estudiar allí los paisajes.

La pintura que lleva por título *Olvidado*, impresiona profundamente á cuantos la contemplan (véase el grabado): una incierta luz amarillenta ilumina la llanura; en primer término se ve un soldado ruso muerto, con el fusil al lado: á lo lejos divísanse sus compañeros que han emprendido la marcha, y á la derecha hay un montón de tierra sobrepuesto de una cruz, bajo el cual reposan los que, más afortunados, han recibido sepultura. Aquel infeliz será pasto de los cuervos, que se acercan presurosos para caer sobre su presa; una de esas repugnantes aves se ha posado ya sobre el pecho del cadáver, y llama á sus compañeras para que vayan á tomar parte en el hediondo festín.

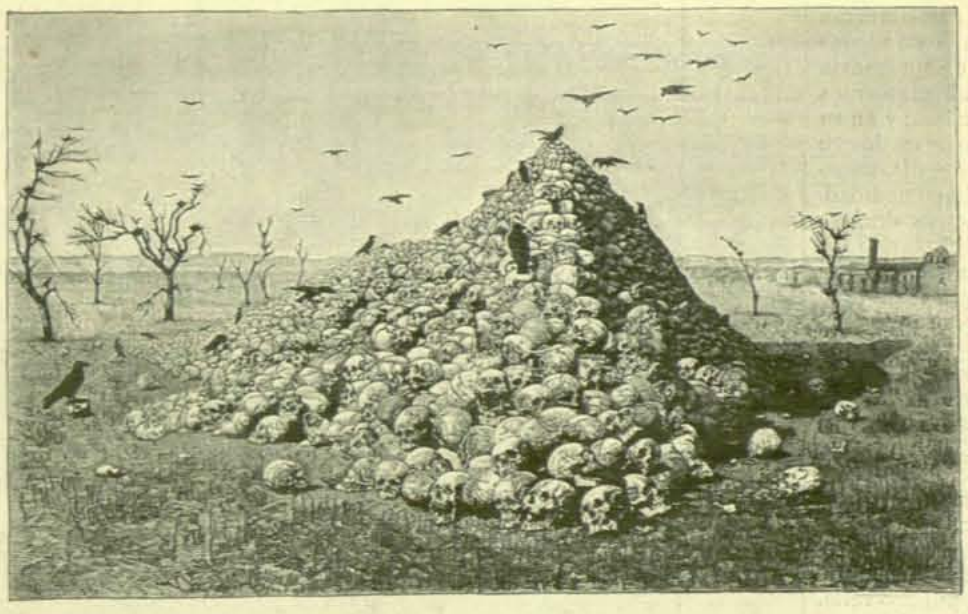
Vereschagin tiene una habilidad especial para comunicar expresión á sus personajes, representándolos en las posiciones más naturales, y por este concepto nos da á conocer con su pincel un drama en todos sus detalles mejor que algunos lo harían con una larga descripción, ó por lo menos con más elocuencia, y por eso no es extraño que muchos no puedan menos de estremecerse al contemplar sus lienzos. Y es que Vereschagin prescinde de las bellezas cuando se propone un objeto, procurando representar el asunto con la mayor verdad posible, por trágico que sea.

En uno de esos cuadros se ve la tumba de Tamerlán, ante la cual un Emir y su séquito dan gracias á Dios por las victorias alcanzadas. Para demostrar su inferioridad como partes de la obra, el artista coloca á los personajes en un ángulo del lienzo; la arquitectura del sagrado recinto presenta un conjunto majestuoso, con sus columnas de mármol, sus arabescos de oro y sus soberbias balaustradas, contra las cuales se apoya la tumba. La composición es magnífica, rica en luz y en detalles.



CONTEMPLANDO LOS TROFEOS, cuadro de Basilio Vereschagin

Sainte-Veuve se admiraba de que un hombre tan bondadoso y afable como Flaubert pudiese pintar los horrores que representa en *Salambo;* lo mismo podrían extrañar los que conocen á Vereschagin y saben hasta qué punto llegan sus nobles y humanitarios sentimientos; pero debe advertirse que si este artista pinta horrores, es porque está dominado por una idea que le acosa sin cesar, que le impulsa, y á la cual no puede resistir. Vereschagin considera la guerra como una inmensa calamidad, como un terrible azote, como una especie de danza de la muerte. El que haya presenciado alguna vez una de esas luchas fratricidas que el artista censura, y visto después sus obras, sabrá apreciar justamente, y no olvidará jamás el lienzo que lleva por título *Apoteosis de la guerra* al pie del cual ha escrito lo siguiente: «Dedicado á todos los conquistadores del pasado, del presente y del porvenir.» Este cuadro representa una pirámide de cráneos humanos, extraño monumento que, no sólo Tamerlán, sino también otros tiranos, azotes del mundo, erigieron en toda el Asia para recordar sus hazañas guerreras. Esta pintura no necesita comentarios, porque representa una llave simbólica de todo el ciclo de la guerra.



APOTEOSIS DE LA GUERRA, cuadro de Basilio Vereschagin

Nadie extrañará que en enero de 1878 se viese acometido Vereschagin de una dolorosa afección de nervios, á consecuencia de los horrores que había presenciado. Después de tomar parte, en calidad de secretario, en las negociaciones de paz, volvió á París y quiso utilizar sus recientes impresiones. En 1880 había terminado una serie de lienzos, los cuales envió á la exposición de San Petersburgo; Tretjakow, su protector, los compró casi todos, y otra vez Vereschagin destinó la suma á obras caritativas. Esta vez quiso dotar á varias escuelas de música y de dibujo, y también algunos colegios donde había alumnas que cursaban la medicina, pues sabía muy bien cuánto valen los auxilios de las mujeres en el campo de batalla. En los años siguientes, las pinturas de Vereschagin se exhibieron en la mayor parte de las capitales europeas, y el artista destinó de nuevo en favor de la educación cuantas cantidades obtuvo. Tal fué el éxito de la exposición en Viena, que continuamente era preciso poner carteles á la puerta del local anunciando que no se podía entrar por haber demasiada gente. Lo que más complacía á Vereschagin era observar, que no sólo las clases superiores de la sociedad, sino también la gente del pueblo, iba á ver sus cuadros y comprendía su significación, sino su mérito artístico. Así como ya hiciera antes, rehusó toda distinción personal, y cuando se le ofreció una condecoración muy honorífica, dijo que no le era posible admitirla de ningún modo. Los estudiantes habían dispuesto un banquete en su honor, y apenas tuvo noticia de ello, sin dar tiempo para que se le pudiera enviar la invitación oficial, salió de la ciudad, enviando después el siguiente telegrama: «Quedo agradecido á los estudiantes y les doy las más expresivas gracias por el honor que me dispensan; pero no me es posible asistir á la reunión.»

Vereschagin asegura que no es ningún agitador: tal vez no lo sea en el sentido más vulgar de la palabra, pero sí en el más útil; y añadiremos que es más temible con su arte que cualquiera otro con sus teorías proclamadas en alta voz. Este notable pintor señala gráficamente sus principios, y para combatir el barbarismo y la teoría se sirve de armas mucho más contundentes que las de los déspotas. No se da con frecuencia el caso de que un artista sea pensador; pero Vereschagin lo es, y no sólo pensador sino también filósofo y político con mucho de poeta.

Terminados todos sus trabajos, Vereschagin, atraído aún por la India, volvió á este país en 1882, y á su regreso trajo un número enorme de bosquejos. Aun no le bastó este viaje, pues á principios del año último volvió de nuevo al mismo país, donde ahora se ocupa en pintar una colección de veinte grandes cuadros que ilustrarán la historia de la India desde los primeros tiempos hasta nuestros días. Esta colección está destinada al Príncipe de Gales, amigo personal del artista ruso.

Siempre es curioso conocer el método particular de cada artista. Habiendo yo pedido á Vereschagin algunos bosquejos, contestóme que nunca los hacía para sus pinturas. «Yo llevo en la cabeza, me dijo, la idea de mi composición, y la maduro por espacio de seis meses, ó con más frecuencia durante uno, dos, tres, cuatro ó cinco años; pero pasado este tiempo la traslado al lienzo ya arreglada, faltándome sólo añadir algunos pequeños detalles. Tal vez tenga esto sus inconvenientes, pues puede suceder que me sea necesario introducir modificaciones, con frecuencia costosas; mas por otra parte, utilizo mi primer impulso en la pintura y no en el bosquejo. No me siento capaz de ocuparme dos veces en el mismo asunto.

Tal es el pintor ruso, moralista, filósofo, agitador ó revolucionario, como le llaman diversamente, según que halague ú ofenda la idiosincrasia de los que ven sus obras.

HELEN ZIMMERN

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria